

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

LA PEQUEÑA AVENTURA

COSAS DEL BUEN TIEMPO

De momento, al parecer, la reacción general ha sido más de regocijo que de escándalo. La nueva técnica contestataria consiste, básicamente, en que los interesados desfilan por la calle «in puris naturalibus»: como sus respectivas madres les echaron al mundo. Tales manifestaciones suelen ser breves y a paso de marcha. Quizá este detalle sea accidental, y se justifique por obvias exigencias del clima, o por el lógico deseo de no dejarse capturar por la Policía. Veremos cómo evoluciona el truco. Pero, repito, hasta ahora, los espectadores se lo han tomado con relativa afabilidad. Sin duda, no habrán faltado los aspavientos pudibundos: bastantes, incluso. Puede suponerse, con todo, que la gente, en su mayoría, se entregó —se entregó y se entregará— a la sorpresa más inocente, entre jovial e incrédula. Al fin y al cabo, y a estas alturas, el asunto no da de sí otras posibilidades. El desnudo —que, por lo demás, en la tradición europea, nunca fue un tabú completo, desde Venus a Eva y desde Adán a Apolo— ha ingresado en las costumbres actuales de manera galopante y comercial. Los taparrabos, si vale la palabra, están alcanzando un mínimo realmente prodigioso, y las playas y la publicidad han influido mucho para «familiarizar» —en todos los sentidos del verbo— la novedad a cualquier nivel. No hablemos ya del cine y de las revistas (impresas o no) especializadas en la exhibición de la anatomía humana. Las tentativas de «educación sexual» completarían el panorama.

Cierto que de lo pintado —o retratado— a lo visto hay una distancia considerable. De ahí la «sorpresa», en efecto. Y hasta cabe apuntar que no es lo mismo un cuerpo sin ropa a la orilla del mar que en pleno asfalto urbano. Son matices a tener en cuenta. Pero tampoco obligan a poner el grito en el cielo, tartufismos aparte. Caso de persistir, el «streaking» contribuirá a devolver a las ciudades de constitución románico-victoriana en que vivimos un suave rasgo «gentil»: grecolatino. Una carrera de chicos y chicas en cueros, en medio de la circulación rodada, ha de evocar, fatalmente, las gráciles imágenes de las cráteres y los frisos de la antigüedad. En los países extramediterráneos cultos, donde el frío y las Universidades tenazmente humanísticas han conferido al desnudo de intemperie un valor de sueño o de eru-

dición mitológicos, una fuga de adolescentes en pelota tiene que producir tianas sensoriales de alivio entre las multitudes que contemplan el pasaje. Y si se interfiere algún gesto de ira, procederá de la pura envidia... Me temo que los «streakers» estén muy equivocados, en el supuesto de que aspiren a ser tenidos por «terroristas». La virulencia de su actitud es insignificante. Los convencionalismos que pretenden vulnerar han entrado en coma. Una nalga, un seno, un pubis, hoy día, sirven para anunciar bebidas cándidamente carbónicas, analgésicos, fibras sintéticas, conservas, cantidades inmensas de «consumo» de aplicación cotidiana...

Bien mirado —y sólo es cuestión de mirar, ¡ay!—, las objeciones no pueden venir de ese lado. Para que la maniobra resulte eficaz, sus protagonistas han de ser jóvenes y de estructura por lo menos discreta. Un «streaking» nutrido de señoras fondonas y caballeros amojamados sería contraproducente. A partir de cierta edad, las desnudeces del vecindario pueden servir para ilustrar un severo manual de ascética, «de contemptus mundi», pero no los versos de Ovidio, ni los diálogos del Divino Aretino, ni siquiera las coplas de Bécquer. Creo recordar que Josep Plá, de sus suculentas conversaciones con Manolo Hugué, sacó esta incoordinada definición: «El cos humá sempre és gòtic». O algo parecido. ¿Se excedía el escultor? En un alto porcentaje, los cuerpos jóvenes —descartando los lisiados—, si son exactamente «clásicos», ofrecen una apariencia apetitosa, que es lo que importa. Luego pasan los años, y la figura se abulta por donde no debe, los colgajos se multiplican, el esqueleto se tuerce, la arruga impera. Una parada de «padres de familia» tirando a mayores, exhibiéndose en vivos carnes, podría ser una anécdota protestaria memorable, lo reconozco. Es una hipótesis a sopesar. Pero causaría efectos eméticos, los cuales, de por sí, confundirían la intención. El vestido se inventó, no sólo para preservarnos de la inclemencia de la Naturaleza, sino también, o sobre todo, para disimularnos unos a otros la mutua miseria física. Los actos de «protesta» se plantean frente a los que no protestan, mirones o responsables. En ese caso, las estantiguas en porreta darían lástima...

Y no basta que el «streaker» sea joven. Ya he insinuado la dificultad del clima. Salir a la

calle absolutamente desabrigoado, en según qué latitudes y épocas, puede suponer una verdadera actitud heroica. Desafiar a la pulmonía es una manera de hacer el bonzo sin gastar gasolina para el suicidio. Por lo que cabe imaginar, los pioneros del «streaking» no se proponen una meta tan excelsa. Por eso «corren» —e insisten—: para no resfriarse o para no pasar la noche en la comisaría más próxima. No es casualidad que la iniciativa haya partido de las tierras templadas de Florida. Con la extensión del buen tiempo por Europa, la estrategia del nudismo callejero ganará adherentes. Mientras los «streakers» no se confundan con los «huelguistas del hambre» ni con las restantes y variadas hierbas del pacifismo para-gandhiano, la propuesta de acción prosperará. Hasta que llegue el invierno, probablemente. El ejercicio se limita al «reto»: a ese ya muy agudo reto a la «moral» que sería la desnudez, que cobraría fuerza al situarse en la vía pública. El desplante no quiere tener otro alcance. Se cree «obsceno». Pero lo es poco. Si no rebasa la frontera de la carrerilla juguetona, el «streaking» podrá incorporarse al folklore del siglo XX, de origen «underground» y finalmente digerido por la plácida sociedad bienpensante. Los dispositivos de vigilancia acabarán haciendo la vista gorda. Una fruslería más. Como los amuletos, las guajetas o la displicencia ambulante de los «hippies» de anteaer...

De hecho, la noción de «obscenidad» es una de las que han experimentado mayores cambios últimamente, en el repertorio de lugares comunes vigentes. Nunca fue muy diáfana, después de todo. En lo que afecta al desnudo, las polémicas llegaron, alguna vez, a extremos de tedio insuperables. De por medio anduvo el «arte»: cuadros, escultores, y tan categóricamente insignes, que la reticencia timorata tuvo que hacer concesiones. De una remota lectura de Paul Valéry retengo esta línea: «le nu n'avait en somme que deux significations dans les esprits: tantôt le symbole du Beau, et tantôt celui de l'Obscène». Y, a veces, entre lo Bello y lo Obsceno no había sino el canto de un duro... Pero, en definitiva, ¿qué es «lo obsceno», hoy? El acertijo pasó de manos de los moralistas a las de los jueves, ya en pleno ochocientos, a raíz de los procesos que sufrieron Flaubert y Baudelaire, y se fijó luego en este terreno, con

los lós de Lavrence y de Joyce —y de Henry Miller, y de «Lolita», y de... La jurisprudencia tiende a suavizarse afectuosamente, aunque no sean insólitos los fallos de empecinamiento cascarabias. Con lo cual, en efecto, la idea de «obscenidad» se desdibuja. Entre otras razones, porque no hay una «obscenidad» objetiva: algo —lo que sea: una imagen, un relato, un acto, un poema, una palabra— sólo es «obsceno» en tanto que la gente lo considera «obsceno», y la gente cambia... La tolerancia de las administraciones, en este aspecto y en todas partes, es cada día más amplia... Sí, y por eso mismo, es cada día más difícil montar una «nueva» obscenidad. Las de antaño dejaron de serlo...

De lo obsceno a lo bello, en materia de desnudeces, y de desnudeces «veloces» y en el honesto trámite de galopar, sospecho que la balanza se inclinará por lo segundo. Habrá ojos decididos a ver «obscenidad», y tendrán el apoyo de los códigos y los guardias. Pero la opción de la «belleza» no ha de ser olvidada. No he sido testigo de los acontecimientos, y no sabría opinar. Pero las noticias de los periódicos permiten hacer cálculos. Una racha de «streakers» como Dios manda, cuando menos, tendrá la gracia y el encanto de esos tránsitos de animales asbeltos, gacelas, corzos, yeguas, cervatos, que nos muestran los safaris didácticos de la televisión... Puede que a ellos no les guste esa contingencia de interpretación. Contestatarios como son, les enojaría que les «viesen» así. Preferirán creer que los transeúntes son unos «voyeurs» amargados, a quienes se les inflige la broma mixta de tentación y trauma. El impacto, sin embargo, quedará tergiversado, y en vez de increpaciones fulminantes o babeantes, los chavales desnudos encontrarán sonrisas pasividades de admiración. O de nostalgia... Lo demás será secundario, incluyendo las sanciones que les dediquen los tribunales. Ni valdrá la pena invocar el precedente de lady Godiva, como ha hecho algún comentarista precipitado... Por de pronto, la pequeña aventura está ahí, exclusiva de zonas donde la ropa sigue siendo una premisa seria de abrigo, de pudibundez o de lujo. En los trópicos tercermundistas, el «streaking» carecería de justificación.

Joan FUSTER

MANCHAS BROCHAZOS SOBRE EL «GUERNICA»

CADA uno tiene derecho a encender los fuegos que se le antojen, pero a condición de que los prenda en las propias vísceras. Cuando Savonarola ardió en la plaza de la Señoría, quien se hizo brasas era la vocación ignea del traile florentino. No tenéis más que verle en el retrato que le hizo Fra Bartolomeo della Porta: casi sin cráneo, casi sin frente, todo él nariz, todo él labios, ollato y mandíbula, husmeando el mariana apocalíptico de los profetas, masticando el hoy nefando y concupiscente. Y un ojo pequeño que según Machado no es ojo porque ve, sino porque te ve...

Pues, Tony Shafrazi, le pegó unos brochazos al «Guernica» de Picasso. La pintura era roja, henchida de kilocalorías, de hematies; y Guernica ardió, y Picasso ardió. Pero cada uno sólo tiene derecho a incendiar los personales costillares, abrir una plaza pública, rociarse de gasolina y arder con ese rojo amarillo de los bonzos. Lo otro, incendiar la cultura, no es mesianismo sino quijada de Cain. Que no vengan con retóricas, con figuras de retablo, aspados en el aire, agitando las conciencias. No. Que no vengan machacando la altura humana para predicar la pureza. El arte está ahí, intocable, tesoro de todos los mundos habidos y por haber; y el hombre únicamente tiene derecho, si lo desea, a pasear sus bosques, a mojarse en sus aguas. Tony se subió por el Museo de Arte Moderno de Nueva York. Llevaba el cráneo rapado, cromwelliano, casto, incorruptible. Ya lo conocemos. ¿Y qué...? El «Guernica» estaba allí, sobre la mansa delicia de los prados, ardiendo sus fuegos sin cenizas, relinchando bajo una bombilla desvencijada. Tony Shafrazi sacó la quijada y le metió tres viajes al cuadro como en las verbenas de vino y timba; y se puso a gritar: «¡Mueran los embusteros!».

¡Los embusteros...! ¿Quiénes son los embusteros? Unos dicen que los que se callan, los que sonrían sobre las solapas y pasan las manos acariciando los silencios táticos. Otros

dicen que los que hablan y visten el pensamiento de exquisita sintaxis sin dejar que asome el rabo del diablo. También dicen que son embusteros los que izquierdean, como Don Quijote; también los que ponen la mano al pecho mirando a los tendidos; y los que empiezan los sonetos con adjetivos; y los que sólo dejan en los cuadros un ventano, medio ventano y una bombilla desvencijada. Hay la contracultura, la subcultura, la cortesía, la cirugía estética y las cosquillas en las axilas. Pero uno no sabe si ha de expresarse comiéndole terreno a la verdad o si ha de dejar tierra de nadie para que por ella vayan y vengan las gentes sacando conclusiones. Toda verdad es un riesgo; toda mentira es un riesgo; toda claudicación va pregonando nuestra cabeza sobre los patibulos; todo arrebatado va diciendo nuestra biografía por las listas negras. El hombre tiene la sombra de Tony Shafrazi que le asaltará, le cacheará y de los forros siempre le sacará un turbio lodo pestilente.

El «Guernica» lo pintó Picasso, lo aró, lo incendió Pablo Diego, José, Francisco de Paula, Juan Nepomuceno en la misma casa donde Balzac escribiera algunos textos de la «Comedia Humana». Era un antiguo convento de la orilla «gauche» del Sena. Sabía a latines, oía a rocas de Patmos, allí donde dice: «Huyeron todas las islas». ¿Qué islas? ¿Acaso aquellas que buscaba san Brandán? ¿Quizás Barataria, quizás donde duerme Rousseau, quizás esa isla enorme, isla, península, continente llamado Picasso? Empezó el «Guernica» en 1937, y mayo comenzaba en un uno. En España siempre empezamos el dos de mayo; luego el tres, el cuatro, ya son un largo olvido, palabras, palabras, paisaje. Primero salió el caballo. Al relincho le llamó Tony Shafrazi. Los relinchos se llaman, donde sea y cuando sea, Tony Shafrazi. El relincho llena el cuadro. Habrá quien prefiera la madre con el hijo muerto, la espada rota, los pies que huyen o esa mano abier-

ta que ya está en Goya golpeada por la luz del farol. Pero el relincho es la más descarnada filosofía de la historia. Porque el «Guernica» ya no es Guernica sino un camino cualquiera transitando hacia todas las partes. Como que fue hecho donde Balzac escribiera episodios de la «Comedia Humana», la divina comedia, la tragicomedia, la tragedia de Esquilo, de Prometeo devorado sin descanso por las águilas.

Los brochazos sobre el «Guernica» nos han manchado el rostro. Tony Shafrazi, uno del aluvión, cráneo conwelliano, no sabe que por debajo el «Guernica» sigue immaculado, fuera del tiempo, ya sin anécdota, sin apuntar a un mapa determinado, sin apuntar a un año, sin apuntar a un fuego, apuntando a todas las anécdotas, tiempos, mapas, años y quijadas. Porque ese es el objetivo de la genialidad; brincar sobre los nombres concretos y abrazar todos los topónimos de la grande y general historia. Es esa voz que nos viene desde las vértebras del Paleolítico, que nos viene desde la orilla aún virgen del futuro, que nos viene y habita y deshábita, y nos agarra la conciencia y la yergue; y como si fuese un cartel de ciego, nos va descifrando los Tony que roen los calcañares, las ratas que rumian los zancajos; y así hasta la desnudez total, hasta que huyan las sombras y pueda una simple luciérnaga vivir su luz sin que la aplaste ningún fuego.

Por aquel ventano del «Guernica» sale una cabeza blanca, casi sin cráneo, casi sin frente, olfateando, diciendo nombres. Le meterán un brochazo en la boca para que se calle. Vendrá Picasso en zapatillas, con unas pinzas, a sacarle poco a poco las cerdas, los grumos rojos, verdes o violeta, a sacarle la hiel, porque está escrito que el destino no se escribe con brochazos.

Carlos GARCIA BAYON

Perpiñá
Rda. Universidad, 21 y Rda. San Pablo, 4-6 y 8 TEL. 242 17 35 - 222 18 95

LAVADORAS SUPERAUTOMATICAS
por sólo **7.777 ptas.**

Dtos. garantizados desde un 25% a un 45% **400 ptas. al mes**

1.ª marcas - MIELE - ZANUSSI - CROLLS - BRU - INDESIT - NEW-POOL - KELVINATOR - ASPES - A.E.G. - FAGOR etc.

Más barato NO lo encontrará. Facilidades de pago.

AVIONES ESPECIALES SEMANA SANTA

MALLORCA	desde	3.900 Ptas.
MENORCA	desde	3.950 Ptas.
IBIZA	desde	4.975 Ptas.
CANARIAS	desde	11.400 Ptas.
LONDRES	desde	9.550 Ptas.
ROMA	desde	9.900 Ptas.
NEW YORK	desde	15.950 Ptas.

Incluido avión-hotel y servicios

VIAJES CONDE
VERGARA, 3 (junto Balmes)
Sucursal: P.º Colón, 18 (AVGAT 151)

DOLOR - ARTROSIS
Método «PEDALIER» lo combate eficazmente. Compruébalo. Miles de usuarios practican en su hogar. Inform. de 3 a 5. T. 2532426

LA EMPRESA DE LOS PROFESIONALES DE LA CONSTRUCCION

CONSTRUCCIONES **EUROGAR S.A.**

le ruega que para su mayor comodidad concierte su entrevista telefónicamente

CONSTRUCCIONES EUROGAR, S.A.
c/. Mallorca, 319
Tels. 257 26 87 - 207 02 01 - 207 02 54
BARCELONA-9